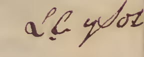
PANEGYRICO
DE S. MIGUEL ARCANGEL
PREDICADO
AL CAPÍTULO DIFINITORIO
DE RR. PP. MÍNIMOS
DE LA PROVINCIA DE CASTILLA
En el Convento de Nuestra Señora de la Victoria de Madrid, año de 1794.

POR

El R. P. Fr. Jacobo Blanco, Lector Jubilado en dicho Convento, Corrector que ha sido de el de Valladolid, y Exâminador Synodal del mismo Obispado.

Dale á la pública luz su amigo y apasionado D. M. del C.





MADRID.
En la Oficina de Don Plácido Barco Lopez.

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

D. PEDRO DE ALCANTARA,

Fadrique, Fernandez de Hijar, Silva, Abarca de Bolea, Ximenez de Urréa, Portugal, Bocanegra, Portocarrero, Mendoza y Luna, Suarez de Carvajal, Villandrando, Sarmiento de la Cerda, Pinós, Cabrera, &c. DUQUE Y SEÑOR DE HIJAR: Duque de Lécera: Conde-Duque de Aliaga, y Castellot: Conde de Belchite: Marques de Orani, Almenara, y Montesclaros: Conde de Palma, Salinas, Ribadéo, Valfagona, y Gimerá: Por la gracia de Dios Vizconde de Illa, Ebol, Canet, Alquerforadat, y Ansovell: Señor de las Baronías de Monovar, Sollana, Guisona, Mur, Milani, Peramola, Peracols, Estach, y Rocafort: De las Villas de Peñalvér, y Alhóndiga, y en lo espiritual y temporal de la de Villarrubia de los Ojos de Guadiana: Príncipe de la Portella: Adelantado mayor del Mar Océano: Divisero mayor de la Dignidad Real: Prestamero y Repostero mayor de Castilla: General de Cantabria: Alcayde Mayor de Vitoria y Miranda de Ebro: Patrono, y Protector General de la Sagrada Congregacion de Recoletos Agustinos Descalzos de España, Indias y Filipinas: Patrono, y Señor del Monasterio de nuestra Señora de Benevívere: quatro veces Grande de España de primera Clase, todo por juro de heredad: Caballero del Hábito de Santiago: de la Insigne Órden del Toyson de Oro: Gran Cruz de la Real y distinguida Española de Cárlos III. Gentilhombre de Cámara de S. M. con exercicio: con honores de Caballerizo Mayor de la Princesa (hoy Reyna nuestra Señora): y Presidente del Real Consejo de las Ordenes.

EXC.MO SEÑOR.

Jamás pensé menos en valerme de su

protección, que quando estudiaba mas en
valerme de sus máxîmas, para hacer est
Sermon. Digo aquello, porque no le hac
para que se estampase. Un mi amigo, q
por serlo, se lo llevó para leerle, se ha t
mado (á pesar mio) la satisfaccion de im
primirle. Y añadí lo otro, porque al deci
la verdad, con aquella ingenuidad que m
es genial; EL DISCURSO SOBR
LA PARCIALIDAD que V. E. pron
ció el dia 2. *de Enero del presente añ*
en el Real Consejo de las Órdenes, de q
es dignísimo Presidente, y yo tuve el h
nor de leer por un efecto de su benevolenci
hizo en mí tal sensacion, que desde ento
ces suspiré por un momento, que me ofrec
se ocasion de valerme de sus máxîm
para propagarlas y extenderlas en otr
cuerpos legislativos, que pudieran sent
y padecer, ó padecer sin sentir (ac
so mejor que aquel) los estragos funesto
ruinosos de la peste de la PARCIALIDA

No llegó este momento suspirado, h
ta el dia de San Miguél, en que tenie

que predicar las glorias del Santo Arcángel al Capítulo Difinitorio de mi V. Provincia, eché mano al Discurso de V. E. y le tomé por modelo para formar mi Panegyrico, si no conforme á su estilo, por su inimitable eloqüencia, con atencion á sus máxîmas, de que yo estoy penetrado, y que quisiera inculcar en los corazones de todos los que deben elegir y resolver, conforme á la justicia y la equidad.

Por esto y otros respetos (¡Que no me sea permitido el publicarlos!) que me han hecho deudor de V. E. (¡Y que sean su modestia y su virtud las rémoras que detengan mi pluma!) no tuve libertad para elegir otro Mecenas, que la persona de V. E. y corrió naturalmente esta desaliñada Oracion, que lo es así en realidad, porque no se compuso, como he dicho, para ver la pública luz, á ponerse al abrigo y á la sombra de su erudíto y eloqüente Discurso, en donde se cuenta tan segura de los tiros de la emulacion, como yo para publicar, si no todo lo que siente mi co-

razon de su verdadera Grandeza, á lo menos, el profundo respeto y sentimiento con que me firmo y confieso que soy

DE V. E. SEÑOR

El mas humilde, reconocido
y respetoso Capellan

Fr. Jacobo Blanco.
Mínimo.

Facta est contentio inter Discipulos quis eorum videretur esse major.

Hubo una disputa entre los Discípulos sobre quál de ellos había de ser mayor. *Lect. S. Evang. secund. Luc. cap.* 22. *v.* 24.

Reverendísimos Padres : no fué Dieta ni Capítulo congregado en el nombre del Señor, ni presidido, como debiera serlo, por su cabeza legítima, el que celebraron hoy los Discípulos de Christo, sino una prueba de la flaqueza humana, y un testimonio infalible, de que la curiosidad ha sido en todos los tiempos, al decir de San Cypriano, el orígen de nuestra corrupcion. Sabían que Jesu Christo había de dexar el mundo, y su Vicario en la tierra. Habían visto en el Señor algunas otras señales de amor y prediléccion ácia el Apóstol San Pedro ; y mas en particular, habían visto claramente que en la

pa-

paga del tributo le había igualado con él; y deduciendo de aquí, dice el P. San Gerónimo, que le quería dexar por su Prelado, ansiosos de averiguarlo, se llegaron al Señor, y socolor de saber, quál era el mayor de todos en el Reyno de los Cielos, querían saber de su boca, ó inferir de su respuesta, si era una realidad su conjetura: *Acceserunt Discipuli ad Jesum dicentes. ¿Quis putas major est in Regno Cælorum?* ¿Pues qué fué, segun esto, aquella junta, y el objeto de su congregacion? Fué una junta criminal, de aquellas en que Christo no está en medio; y fué su objeto una curiosidad, no menos reprehensible que la junta, porque tenía por fin averiguar los designios del Señor, y baxo del pretexto de saber quién había de ser mayor en el Reyno de los Cielos, su verdadero fin era indagar el que lo había de ser acá en la tierra. Fué una paliada ambicion á los ojos de los hombres, que no ven mas de aquello que aparece; pero fué una ambicion real y efectiva á los ojos de aquel Dios que escudriña y exâmina nuestros riñones y nuestros corazones. Fué mas, si

si consultamos á San Lúcas, porque fué efecto de una contencion, que había precedido entre ellos, sobre quál era mayor: *Facta est contentio inter Discipulos &c.* y fué conforme á esto, una disputa, un debate, una porfia, ó si se quiere mas (porque todo esto dice contencion) fué una guerra, una batalla, que el monstruo de la ambicion había suscitado entre ellos, semejante á aquella grande que el mismo infernal dragon suscitó en otro tiempo entre los Ángeles, y en que venció con los suyos N. S. y Glorioso Protector el Arcángel San Miguél. En una palabra, no fué Dieta, no fué Congregacion, ni fué Capítulo congregado, como he dicho, en el Espíritu Santo, como lo es el que celebra N. V. Provincia, en su nombre y en el de San Miguél, sino una guerra en cierto modo angélica, y entre unos hombres por otra parte angélicos, como lo pudiera ser el que celebran VV. Rmas., sin que causase espanto sino á aquellos que ignoran los defectos de los Ángeles: pero, si fué esto y no aquello; esto es, si fué una contencion, y no un Capítulo, de uno y

otro

otro resultaron los Cánones, por donde deben reglarse los verdaderos Capítulos. Asi que; ¿qué hizo la Magestad de Jesu Christo para curar la llaga del orgullo que vió en el corazon de sus Discípulos, y reprehender su ambicion? Llamó á un niño que allí estaba, y poniéndole en su medio, los habló de esta manera: *Amen Amen dico vobis.* De verdad os aseguro, Discípulos muy amados, que mientras que no tengais como hábito de virtud, el baxo sentimiento de vosotros, que el candor, la inocencia y la simplicidad han fixado en lo tierno de este infante, no tendreis parte ni herencia en el Reyno que yo pienso establecer en la tierra, que ha de ser el fundamento verdadero de el del Cielo, y en el que será el mayor, el que mas se humilláre entre vosotros. Y ¿quién logró en la guerra de los Ángeles? ¿el presumido Luzbél, que se quiso sentar sobre la cumbre del monte del Testamento, en donde tiene su trono la estrella del Aquilón, ú el humilde San Miguél, que conociendo su nada, respecto de la grandeza de su Dios y su Señor, se armó con el escudo de su

su nombre? ¿*Quis sicut Deus*? que quiere decir Miguél, y derrotó á Luzbél y á sus sequaces? La verdadera respuesta no depende de humanas conjeturas. La misma fé nos lo enseña, que el Arcángel San Miguél se alzó con el Principado, y logró por su humildad lo que quería la ambicion del presumido Luzbél. Pues ved ya si dixe bien, que de estas guerras resultaron los Cánones, por donde deben reglarse los verdaderos Capítulos; y ved al mismo tiempo un pensamiento tan propio para el asunto, como para la gloria de Miguél. Digo, pues, de esta manera: un verdadero Capítulo debe ser una guerra como angélica, y las armas para hacerle se encuentran en el nombre de Miguél. Proposicion primera. Un verdadero Capítulo debe ser una guerra como angélica, y los triunfos de su paz se encuentran en nombre de Miguél. Segunda Proposicion. Lo diré en una palabra. En el nombre de Miguél están escritos los Cánones de un verdadero Capítulo. Proposicion Oratoria. El asunto no puede ser mas útil, Reverendísimos Padres; pero, porque la mali-

licia se puede anticipar á discurrir, que voy á hacer una sátira, ó una invectiva, en vez de una oracion propia del lugar que ocupo; protesto debidamente, que mas será un elógio detallado de vuestra rectitud y providad, que una exposicion menuda de vuestras obligaciones. Así lo voy á cumplir si el Señor me da su gracia. Ayudadmela á pedir á la que es Madre de toda, diciendo para obligarla con el Ángel San Gabriél:

AVE MARIA.

Dos interpretaciones dan los Teólogos al nombre de San Miguél. Decía, Reverendísimos Padres, que dos interpretaciones dan los Teólogos (1) al nombre de San Miguél. Los unos leen en él una interrogacion, ó una pregunta: ¿*Quis sicut Deus*? y otros leen una respuesta: *Qui est sicut Deus.* Que es lo mismo que decir ¿Quién es semejante á Dios en la grandeza, y en la

(1) Apud Serarium in Josue.

la autoridad? Y lo mismo que luego responder, el que es semejante á Dios en las virtudes y en las perfecciones. Pues ved aquí, segun esto, la mayor gloria de nuestro Protector el Arcángel San Miguél cifrada en su mismo nombre, y en él las reglas y Cánones que deben legalizar un verdadero Capítulo, que ha de ser una guerra como angélica.

PROPOSICION PRIMERA.

En efecto, ¿qué prendas debe tener un Prelado Religioso? Supongo la prolixa relacion que de ellas hizo San Pablo, escribiendo á Timotheo; porque á todos los Prelados que lo han de ser en la Iglesia las extienden los Doctores: y digo, que solo una, que es la primera que asigna N. S. y Glorioso Patriarca en el Capítulo de nuestras elecciones. En éstas, nos dice el Santo, que se debe elegir por Superior *uno, así como siervo bueno: uno que sepa mezclar con toda sabiduría, y en todas sus correcciones* (*á cuyo efecto se llama Correc-*

tor

tor) la vara con el maná, y el oleo con el vino de la justicia y la misericordia. Es lo que quería San Pablo; uno que pueda exhôrtar en una doctrina sana, y argüir y convencer á los que la contradigan, lo que no puede hacer un ignorante. Uno, cuyas acciones disten tanto del obrar de los demás, quanto suele distar de las ovejas la vida de su pastor; ó uno, respecto del qual, todos los que le obedecen, se digan propiamente su rebaño. Uno que no tema la faz del poderoso, uno que hiera la tierra con la vara de sus labios, y con su espíritu destruya la impiedad. En una palabra; uno, *así como siervo bueno*: porque si para serlo se requiere la integridad absoluta de todos los requisitos que constituyen y forman la bondad, el Prelado que la tenga, *así como siervo bueno*, será fiel, será honesto, será prudente, y en fin será virtuoso, como quieren N. Padre, y el Doctor de las Naciones, por que estará adornado y revestido de todas las perfecciones, que han de hacer absoluta su bondad.

Pues si esto es como lo digo, y V. Rmas. lo saben mejor que yo, ¿quál debe ser su

desvelo para acertar á elegir estos varones llenos de providad, estos siervos fieles y prudentes, que debeis constituir sobre nuestras familias religiosas? ¿Y quáles son, diría yo, si me viera en igual perplexidad, los Josephes y Calébes, que teniendo en sus manos el racimo que acredita la noticia que tienen de la tierra prometida, manifiestan con obras y palabras, que son capaces de conducir las Tribus de todos nuestros Conventos, hasta hacerlas entrar en posesion de la tierra de Canaan? ¡Ah Padres Reverendísimos! No dudo que velaréis é instaréis dia y noche en la Oracion, para acertar á llenar vuestro santo ministerio. No dudo que con respecto á esta grave obligacion, levantaréis los ojos á los montes, de donde ha de veniros el auxîlio, y le hallaréis al fin, como David, en el que hizo los Cielos y la tierra, y con esto acertaréis á elegir pastores fieles, que nos gobiernen segun su corazon, y nos den leyes que conserven la paz, el órden y la armonía que debe haber en las Tribus, de un pueblo de adquisicion, de un Sacerdocio real y nacion santa, qual

es nuestra Religion: pero, en esta guerra angélica, en esta guerra en cierto modo angélica, que se ha de seguir despues de haber tratado con Dios, y que es indispensable en los Capítulos, porque han de celebrarse *modo humano*: en esta guerra, digo, como angélica, en que puede haber un Ángel, que semejante á Luzbel, por ser semejante á Dios, turbe la paz del cielo Religioso, y olvidado de su nada ser por rapiña, como no lo quiso, ni lo pudo querer el mismo Christo, el árbitro soberano de todos nuestros destinos: ¿á dónde acudirá un Pedro, que no consulta con la revelacion de la carne y de la sangre, para confesar á Christo, como debemos todos confesarle? ¿Á dónde acudirán estos Apóstoles, que iluminados del Espíritu Santo, decían como ellos, y no de ceremonia, quando pedían su asistencia: Señor, Vos que conoceis los corazones de todos, muéstranos el que elegís, para partir con él debidamente la suerte de este santo Ministerio? Y en fin, ¿á dónde acudirán, ó á dónde irán estos ángeles de paz por armas para triunfar y zanjarla en nuestro

tro Cielo? Ya lo dixe: á San Miguél, á nuestro Santo y Glorioso Protector, en cuyo nombre se unieron, y cuyo auxîlio invocaron, despues de el de nuestro Padre y del Espíritu Santo; porque en su Santo nombre están las armas, y de su guerra resultaron los Cánones, por donde deben reglarse los verdaderos Capítulos.

Efectivamente, Miguél, que es lo mismo que si nos preguntásemos: ¿*Quis sicut Deus*? es lo primero que deben preguntarse todos los Electores Eclesiásticos, para elegir, segun Dios. ¿Quién es entre nosotros como Dios, para ponerle en el lugar de Dios? ¿Será el que dice, que lo quiere ser? ¿*Similis ero Altissimo*? Esto es, ¿Será el ambicioso, que como el Prometeo de la fábula, sabe mudar tantos rostros, quantos juzga necesarios para conseguir sus fines; ó, porque mas sagáz que el benemérito, usurpa los caractéres á la santa caridad, y revestido de ellos falsamente, es paciente, es moderado, es benigno, no se irrita, no se enfada, no piensa mal, todo lo sufre, todo lo cree, y todo lo tolera, porque todo lo espera conseguir con esta simulada

pro-

provídad? ¡Ah! Padres Reverendísimos! *Attendite à falsis Prophetis.* No es éste, no, no es Eliab, por mas alto, por mas rufo y parecido á Saúl, el que ha elegido el Señor para empuñar el clavo de Israél: *Non hunc elegit Dominus.* ¿Será el hipócrita, que afectando humildad, os adora primero que pediros, valiéndose, á la vez, del instrumento de una piadosa muger, como lo hicieron los dos hijos del Trueno, para hacer su ambicion mas disculpable: ó si se atreve á hacerlo por sí mismo, previene con regalos la flaqueza de nuestra miserable ceguedad, para llevarse así la bendicion, y con ella el mayorazgo que era herencia de su hermano? ¡Ah! *In quorum manibus iniquitates sunt, dextera eorum repleta est muneribus.* La voz de éste es de Jacob, pero las manos son manos de Esaú. *Etiam hunc non elegit Dominus.* ¿Será el jóven sin ciencia ni experiencia, que como dice N. S. Padre, *no se conoció Discípulo, ni experimentó jamás las batallas de la tentacion*? ¡Ah! *Væ tibi terra cujus puer est Rex.* Ninguna Universidad dió sus grados de Maestro al que comienza á estudiar, aunque contemple

ple que será letrado ; sinó al que en realidad es ya letrado. Las Historias profanas son testigos de los trabajos y angustias que han sufrido los imperios en la menor edad de sus Monarcas: y la Sagrada nos hace temer, con justa razon, los azotes y desdichas á que se expone un pueblo del Señor quando coloca su Cetro en manos de un Roboan. *Neque hunc elegit Dominus.* Será pues ::: Pero ¿á dónde voy así, Reverendísimos Padres, sino pretendo abusar de vuestra tolerancia religiosa? VV. Reverendísimas saben bien, como clamaba un Profeta, quando pedía el Cordero del Señor que había de dominarnos en la tierra: *Emitte Agnum Domine, Dominatorem terræ.* Envíanos, Señor, decía, aquel Cordero de Dios, que nos ha de dominar y dar leyes en la tierra. Pero, ¿de dónde quiere que le envie, para llenar sus deseos? ¿De qué Tribu, ó qué familia, á que esté vinculada, con el mérito, la justicia y la equidad, con que ha de juzgar los pueblos? *De petra deserti ad montem filiæ Sion.* De la piedra del desierto, Reverendísimos Padres, por que si como Corde-

dero, que se debe ofrecer en sacrificio, ha de carecer de mancha, como Juez que ha de juzgarnos, ha de carecer de sangre, como carecen las piedras, para no tener motivo de dexarse arrastrar de sus hervores.

Pues volvamos al nombre de Miguél: *¿Quis sicut Deus?* ¿Quién es entre nosotros como Dios, para ponerle en el lugar de Dios? El que fuere entre nosotros como el Cordero de Dios. Esto es, aquel que sobre no tener mancha de interés, de hipocresía ni ambicion, que son los negros borrones que obscurecen el oro mas subido de las mas refulgentes dignidades, aun en aquellas partes de la tierra, en que gozan estos vicios el privilegio de la impunidad, carezca de carne y sangre, como el Cordero que vino de la piedra, ó si no puede menos de tenerla, porque no ha de ser hijo de la piedra, no oyga su revelacion; antes bien, como el Señor, cuya legacion exercè, no distinga de Griego ni Judío, de Bárbaro ni de Scita, en la dispensacion de sus favores. No reconozca mas pátria, mas discípulos, mas condiscípulos, mas parientes, mas padre ni mas madre,

quan-

quando toquen á su puerta, que los que hicieren en todo la voluntad del Padre Celestial. Y en fin, que sea un Sacerdote segun el órden de Melchisedec, que no conozca su genealogía, como no la conocen en el mundo los que llamamos hijos de la Piedra.

Pero ya oygo preguntar á VV. Reverendísimas, ¿*Qui est hic, et laudabimus eum*? ¿Quién es así entre nosotros? ¿Quién es entre nosotros como Dios para fixar en él nuestros sufragios, y colocarle en el lugar de Dios? ¡Ay! RR. PP. ¡*Hoc opus, hic labor*! Esta es la guerra que digo, esta es la guerra en cierto modo angélica en que se ha de ocupar todo un Capítulo, para que resulte de ella con nuestra paz y armonía, la gloria y honra de Dios. Yo bien sé que se excusará la oliva, y alegará que no puede abandonar la dulzura de sus frutos, que recrean las mesas de los hombres y los dioses, por tomarse el trabajo insoportable de dar lèyes á unos leños. Yo bien sé que lo mismo hizo la vid, y lo mismo hará la higuera, por gozar de la paz y la inocencia, que simbolizan sus

 fru-

frutos, y alegran al mismo Dios con su dulzura y con su suavidad: ¿pero vendrémos por esto á parar en el cambron, arbusto despreciable y espinoso, y por lo mismo, indigno de dar leyes á todos los demás arboles que le exceden en la fecundidad? No, Padres Reverendísimos, no. No estámos en el caso de Sichén, aunque os acuerdo el Apólogo con que arguyó su imprudencia el ingenioso Joatán, quando los Sichimítas eligieron por su Rey á Abimelec. No por cierto. Aun quando aquellos se excusen, todavía hay entre nosotros Profetas que no han doblado las rodillas á Baal. Exâminad con cuidado la casa y la familia de Isaí, no juzgueis segun el rostro, ni os dexeis preocupar de que es el padre y cabeza de su casa el que os presenta á Eliab, y por lo mismo os propone al que ha elegido el Señor para tener el clavo de Israél. Insistid, como Samuél, en que os presente hasta el último, y acaso, acaso hallaréis en éste, en quien el padre no pensaba, y por lo mismo no os le proponía el elegido de Dios. En efecto: *David autem erat minimus.* En el pobre pastor-

torcillo que estaba guardando ovejas, en el mas mínimo de entre sus hermanos, en el que ni su padre presumía, y por lo mismo no le presentaba, cayó la eleccion de Dios; porque como Miguél entre los Ángeles, David entre sus hermanos era solo como Dios, y por eso capáz de gobernar el Pueblo Santo de Dios.

No quiero molestar mas en esta primera parte. Bien manifiesto está ya, que en el nombre de Miguél, tomado como pregunta: ¿*Quis sicut Deus*? hallarán los Electores que pretenden acertar y desempeñar su oficio, las armas para triunfar en estas guerras en cierto modo angélicas. Proposicion primera. Veamos ahora brevemente los triunfos admirables de la paz, que resultan de estas guerras en los cuerpos Religiosos, quando respondiendo al nombre, ponen en lugar de Dios á los que son como Dios: *Qui est sicut Deus*. Que es la otra interpretacion del nombre de San Miguél.

SEGUNDA PROPOSICION.

No es razon que yo me ponga en esta segunda parte á impugnar á Calvino y á Lutero; y hacer ver que aunque el nombre de Miguél suena lo mismo que *aquel que es como Dios*, no por eso infieren bien aquellos heresiarcas, que es idénticamente el mismo Dios. No, ¡Dios mio! *Omnia ossa mea dicent: ¿Domine quis similis tibi?* Yo sé bien que entre los dioses, no le hay semejante á Vos. Yo sé bien que entre los fuertes, no le hay fuerte como Vos, y que el mismo preguntar ¿quién es semejante á Dios? es lo mismo que decir, segun la exposicion de San Gregorio, que ninguno es como Dios: *Nemo sicut Deus.* Mas con todo, sin oponerme á este dogma, digo, que San Miguél es como Dios, y que en el mismo sentido en que á nosotros nos mandan las Sagradas Escrituras ser perfectos como Dios, y ser misericordiosos como Dios, San Miguél es como Dios en las virtudes y en las perfecciones:

y por tanto, despues de aquella guerra que turbó la armonía de los Cielos, lleva en su mismo nombre los trofeos y triunfos de la paz con que gobierna la Milicia Angélica, como Príncipe excelso de la paz, y en nombre del Dios de paz que le dió esta dignidad, dice el Padre San Basilio, en premio de su humildad, que es el compendio de todas sus virtudes.

Pues ved aquí, segun esto, quándo serán un Cielo nuestros Claustros, y quándo reynará en ellos, al decir con el Profeta, la hermosura de la paz. Quando despues de estas guerras salgan para directores y cabezas de las Tribus de todos nuestros Conventos, unos hombres como Dios en las virtudes y en las perfecciones, como lo fué San Miguél. Unos hombres ó unos varones de misericordia, en quienes nunca falten las piedades, en quienes no halle cabida la aceptacion de personas, ni hagan cisma entre nosotros, diciendo, yo soy de Pablo, yo de Apólo, yo de Cefas, como si entre nosotros estuviera dividido Jesu Christo, que lo ha de ser todo en todos, segun las expresiones de San Pablo.

blo. Unos hombres que nos miren á todos como miembros de su cuerpo, que lloren con los que lloran, que enfermen con los que enferman, y que elevados por su contemplacion sobre nuestras miserias y flaquezas, nos provoquen á todos á volar, como las águilas hacen con sus polluelos. Unos hombres, llamados como Aarón al honor del ministerio, y no unos Levítas jóvenes, como el que se ofreció á Michas para el servicio de sus Terafines, que no buscaba mas en el empleo que su interés y su comodidad: *Vado, ut habitem ubi potuero, et utile mihi esse prospexero.* Unos hombres poseidos de una voluntad constante de dar á cada uno lo que es suyo, con atencion á sus méritos, á sus personales méritos, á sus privativos méritos, y no á los de tal Tribu ó tal familia; preguntando lo primero: *De qua Tribu aut familia es tu*, para despues premiar ó castigar: y despues de estas virtudes, unos varones llenos de entendimiento, unos varones llenos de aquella ciencia que sabe discernir y distinguir entre la carne y carne, sangre y sangre, lepra y lepra, y

y con ella manejar y cortar, como es debido, con el cuchillo de la discrecion, aquel ó aquellos miembros gangrenosos que pueden corromper á todo el cuerpo, si una falsa prudencia los tolera, ó una crasa ignorancia los concede el privilegio de la impunidad.

En una palabra, en saliendo de estas guerras en cierto modo angélicas, unos hombres, como he dicho, para regirnos y para gobernarnos, unos hombres que lleven en sus obras el nombre de San Miguél, ó unos hombres como Dios en las virtudes y en las perfecciones, como lo fué San Miguél; será visto que Moysés no contó con su Tribu ni familia para elegir succesor, sino con la virtud y santidad; y Josue que le succede en el empleo y en los méritos, regla las diferencias de las Tribus, segun el órden de Dios, y no segun su propia voluntad. Será vista cada Tribu y cada Tribuno en ella, en el lugar que le toca, y no en el que pretende su ambicion; y serán vistos en todas por sus caudillos y xefes, los verdaderos Calébes, antepuestos con razon, y preferidos

á los hijos de Lía, por mas que Ruben alegue su mayoría, respecto de Joseph.

Aun mas claro todavía. En resultando de esta grande guerra, porque tal lo debe ser para los mismos efectos y por unos mismos medios, unos hombres, como he dicho, para regirnos y para gobernarnos, estará cada cosa en su lugar. Estarán los Querubines, que significan plenitud de ciencia, en el Templo, en el Oráculo ó lugar de las consultas, y no en el puesto de los Serafines, en donde puede suplir una buena voluntad. Estarán los pies debaxo sufriendo toda la mole del cuerpo y la cabeza religiosa, y la cabeza y miembros por su órden cargando sobre los pies, lo mismo que se ve en el cuerpo orgánico, conforme al órden de la naturaleza. Y en fin, estará cada qual, segun su clase, en el puesto que merece y conforme al destino que los dió N. S. Jesu Christo mientras que estuvo en la tierra; esto es, los brutos en el establo, que es lugar de irracionales, los ladrones en la cruz, que es lugar de delinqüentes, y en el Templo los Doctores, que es el lugar de sabios y

y entendidos. Y entonces, Reverendísimos Padres, quando nuestros adversarios no hallen cosa alguna mala que reprobar en nosotros, y se avergüencen por eso de decirla ¡qué gloria será la nuestra y la de nuestra Provincia, al verla marchar así á la tierra prometida!

¡Ah! Desde este punto me parece que oygo exclamar á Balaan, desde lo alto de las rocas á vista del Pueblo Santo, y contra los designios é intenciones del Príncipe de Moab: ¡Ó Jacob y qué magníficos son tus tabernáculos! ¡Ó Israél y qué ordenados que van tus pavellones y tiendas! El Dios Todo-Poderoso, el Dios, cuya fortaleza es como la del Rinoceronte, ha sacado á este pueblo del Egipto para destruir las Naciones. En Israél no se habla de adivinos. En Jacob no se trata de agoreros. Todo es santo entre estas gentes: *Moriatur anima mea morte justorum, et fiant novissima mea horum similia.*

Pues, Reverendísimos Padres, para que esto se diga de nosotros, y se diga desde ahora, perezca la esperanza del hipócrita, y revélese este dia, como ha de

re-

revelarse en el postrero, á vista del desprecio y abandono que haceis de sus intrigas y artificios. Perezcan los Ananías, los Safiras y Simones que quieren con el dinero comprar los dones de Dios. Perezca la ambicion perturbadora del órden y la equidad. Mande el que debe mandar, obedezca el que debe obedecer, y no sea una igualdad mal entendida é imposible en un cuerpo organizado, político y racional, como lo es el Religioso, quien destruya su armonía; como la está destruyendo de un modo tan horroroso que no tuvo semejante aun en los siglos mas bárbaros, en los cuerpos mas gigantes y robustos de la Europa, y con ella la fé y la Religion.

En una palabra, y voy á concluir con esto. Yo bien sé lo que dixo San Gerónimo en su Epístola á Océano. *Impossibile est, ut aliquis sit sine peccato.* VV. Rmas. no lo ignoran, de qué pecado habló el Santo; pero tampoco deben ignorar lo que añadió el derecho á sus palabras: *Sed talis eligatur cujus comparatione cæteri grex dicantur.* Pues, Reverendísimos Padres, hacedlo así y viviréis, porque así acreditaréis

réis que no jurasteis en vano obedecer sus mandatos. Que no invocasteis en vano el patrocinio de San Miguél Arcángel, ni la asistencia del Espíritu Santo. Que de su guerra aprendisteis el arte para hacer estas guerras como angélicas. Que de su nombre tomasteis las armas para triunfar del monstruo de la soberbia, de la ambicion, del interés y de la hipocresía que podrían turbar la paz, la tranquilidad y el órden del cielo de los Claustros Religiosos, y de la que resultáre por los efectos de vuestra integridad en todos nuestros Conventos, como es indispensable obrando así, experimentarémos todos juntos, y cada qual por su parte, que no en vano invocamos cada dia el patrocinio de N. Protéctor el Arcángel S. Miguél, y le decimos postrados con nuestra Madre la Iglesia: *Princeps gloriosissime Michael Archangele &c.* Príncipe gloriosísimo Miguél Arcángel, acuérdate de nosotros, ruega, aquí y en todas partes por nosotros al Dios de nuestra salud, al Dios que es Dios de hacer salvos, para que nos salve á todos. Que no en vano le invocamos, porque despues de

la

la paz que debemos en la tierra á su influxo poderoso, y á su proteccion gloriosa con el que es por esencia Dios de paz, lo cantemos al fin eternamente, que el Arcángel San Miguél, que el Ángel de su rostro nos salvó y que él nos introduxo para siempre en el paraíso del gozo, en que consiste la inmortalidad, que yo os deseo, en el Nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.

O. S. C. S. R. E.

CON LICENCIA.